



ENCUENTRO CON NICODEMO

Ambientación:

Canto En el mar he oído hoy
Señor tu voz que me llamó,
y me pidió que me entregara a mis hermanos.

Esa voz me transformó,
mi vida entera ya cambió,
y sólo pienso ahora Señor, en repetirte:

Padre Nuestro, en ti creemos,
Padre Nuestro, te ofrecemos,
Padre nuestro, nuestras manos, de hermanos. (2)

Cuando vaya a otros lugares,
tendré yo que abandonar
a mi familia y mis amigos por seguirte.

Pero se que así algún día
podré enseñar tu verdad
a mi hermano y junto a él yo repetirte:

Padre Nuestro, en ti creemos,
Padre Nuestro, te ofrecemos,
Padre nuestro, nuestras manos, de hermanos. (2)

Introducción:

“Había entre los fariseos un hombre llamado Nicodemo, magistrado judío. Fue este donde Jesús de noche”.

Nicodemo es un personaje, una autoridad, un doctor de la ley, miembro del Sanedrín, consejo supremo de la religión judía, y con ese cargo intervendrá otro día ante sus colegas a favor de Jesús. Sin embargo, en esta primera visita Nicodemo va a encontrarse con Jesús. Va de bueno, pero va de noche; no quiere levantar sospechas ni verse comprometido.

La noche asegura el anonimato; no se ve, se oye y así por instinto uno se deja guiar por el ruido del agua hasta la fuente. Nicodemo no viene solamente de noche, sino también de la noche (su noche). El hombre siempre tiene una relación con la noche, está llamado a pasar de las tinieblas a la luz, y ésta llamada está en el corazón mismo de su ser. El hombre no existe verdaderamente sino



en el movimiento que le abre a la luz, a la luz de la vida; no puede encontrarse a sí mismo en su verdad sino conociendo a la luz, no obstante puede volver a ser arrebatado por las tinieblas.

Sin embargo Nicodemo es un doctor de la ley, un hombre que conoce bien las escrituras, es un maestro de Israel, un hombre que sabe y enseña, pero a pesar de toda su ciencia sigue siendo un hombre de anhelo: existe en é un

deseo insatisfecho, espera el reino de Dios y su manifestación, aspira a la luz, pero es un hombre atento a los signos de los tiempos.

Este evangelio lo leeremos en dos partes; en la 1ª entendemos un diálogo entre Jesús y Nicodemo, en la 2ª es un discurso de Jesús en el que revela el secreto del nuevo nacimiento.

Evangelio según San Juan 3, 1-9.10-17:

¹ Había entre los fariseos un hombre llamado Nicodemo, magistrado judío. ² Fue éste a Jesús de noche y le dijo: «Rabbí, sabemos que has venido de Dios como maestro, porque nadie puede realizar los signos que tú realizas si Dios no está con él.» ³ Jesús le respondió: «En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de nuevo no puede ver el Reino de Dios.» ⁴ Dícele Nicodemo: «¿Cómo puede uno nacer siendo ya viejo? ¿Puede acaso entrar otra vez en el seno de su madre y nacer?» ⁵ Respondió Jesús: «En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el Reino de Dios. ⁶ Lo nacido de la carne, es carne; lo nacido del Espíritu, es espíritu. ⁷ No te asombres de que te haya dicho: Tenéis que nacer de nuevo.

⁸ El viento sopla donde quiere, y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es todo el que nace del Espíritu.» ⁹ Respondió Nicodemo: «¿Cómo puede ser eso?» ¹⁰ Jesús le respondió: «Tú eres maestro en Israel y ¿no sabes estas cosas? ¹¹ «En verdad, en verdad te digo: nosotros hablamos de lo que sabemos y damos testimonio de lo que hemos visto, pero vosotros no aceptáis nuestro testimonio. ¹² Si al decirnos cosas de la tierra, no creéis, ¿cómo vais a creer si os digo cosas del cielo? ¹³

Canto: De noche, iremos de noche...que para encontrar la fuente
solo la sed nos alumbraba, solo la sed nos alumbraba.

Nadie ha subido al cielo sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre.¹⁴ Y como Moisés elevó la serpiente en el desierto, así tiene que ser elevado el Hijo del hombre,¹⁵ para que todo el que crea tenga en él la vida eterna.¹⁶ Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que crea en él no perezca, sino que tenga vida eterna.¹⁷ Porque Dios no ha enviado a su Hijo al mundo para juzgar al mundo, sino para que el mundo se salve por él.

Canto:

Oooh hay que nacer del agua,
Oooh hay que nacer del Espíritu de Dios,
Oooh hay que nacer del agua y del Espíritu de Dios
Hay que nacer del Señor.

Comentario:

El temor amenaza a Nicodemo con apartarlo del lado del sentido común, de lo inmóvil, de lo viejo, de quienes temen la aventura de renacer dejándose arrastrar por la novedad del espíritu. También nosotros habremos sentido ese impulso a romper límites, a movernos por razones indeducibles del amor, del Espíritu de Dios...

El binomio agua y viento, sopro o espíritu, pertenece a la simbología universal; pertenece a la naturaleza, a los poetas.. en la Biblia, ya en el Génesis, “el espíritu de Dios reposaba por encima de las aguas”, en el éxodo “Yahve hizo soplar un fuerte viento que dividió las aguas del mar rojo” cuando los israelitas salieron de Egipto, también el profeta Ezequiel profetiza diciendo “os rociará con agua pura y os infundirá su espíritu”... siempre agua y espíritu simbolizan un nuevo nacimiento, una nueva creación.

La pregunta ingenua ¿cómo puede ser eso? Provoca que Jesús le conteste lo que nunca se le ha manifestado al corazón del hombre: si el hombre no puede subir a Dios, Dios si puede llegar hasta el hombre.

Dialoguemos:

- Has encontrado a Jesús?
- Te ha encontrado él?
- Le buscas, le deseas, le temes?
- Si está contigo, qué sientes?



Canto final:

Que dulce es estar contigo, Señor
Que dulce es hablar al mundo de amor
Compartir tu presencia y sentir
Que hasta el viento reclama tu voz...

Somos aves que volamos sin saber
Si en el aire surcamos bajo el sol
Encontraremos un lugar para acampar
Encontraremos nuestra ansiada libertad

Y tú, sólo tú, eres luz que ilumina mi ser
Y tú. Sólo tú, das tu vida y no preguntas por qué

Son los hombres los que crean la maldad
Son las guerras que destruyen tu ciudad
Cambiaría todo el oro y el poder
Si existiera en este mundo la igualdad...

Y tú, sólo tú, eres luz que ilumina mi ser
Y tú. Sólo tú, das tu vida y no preguntas por qué

